

CARNET DE VIAJE



Son muchos los años de información «orientada», de guerra más caliente que fría, como para que, a la hora de enfrentarse por primera vez con la experiencia de un viaje a un país socialista, no aceche continuamente el peligro del exotismo. Uno, aunque reflexiva y racionalmente crea saber a qué atenerse, participa, inevitablemente, de la deformación a que ha sido sometido durante años. Espera, o teme, o desea encontrarse con algo «diferente». Y resulta, evidentemente, que las cosas son «diferentes» en el fondo, apenas en la forma. El avión de fabricación soviética que hace el vuelo de París a Budapest no se distingue en nada de los aviones de fabricación británica o americana, en los que estamos acostumbrados a viajar, ni siquiera en el hecho de que los letreros estén en inglés. Y así el resto... No obstante, hay que reconocerlo, el «paletismo» a este respecto es, mientras siga existiendo la monstruosa escisión del mundo en dos bloques, difícilmente evitable a la escala de la vivencia personal. Por ello, y sin ningún rubor, un carnet de viaje de un español en Hungría debe ser «paleta».

El viaje, mi viaje, fue motivado por la asistencia, previa invitación de la Asociación de Cineastas Húngaros, a la Semana que, desde hace cinco años, se celebra en Pécs, sobre la que ya he informado en números anteriores de TRIUNFO. Evidentemente, se trataba, ante todo y exclusivamente casi, de ver cine, cine húngaro. Por ello, las notas que siguen no pueden ser sino impresiones, «flashes» casi de lo apercebido entre sesión y sesión, entre película y película. La barrera del idioma, por otra parte, hacía complicado el entendimiento con unas gentes que hablan, como primera lengua después de la suya, el alemán. Sin embargo, dada la enorme afabilidad del pueblo magiar, el meritorio esfuerzo de una organización que ponía a disposición de los invitados un servicio de intérpretes en su lengua de origen, siempre es posible un acercamiento a una realidad nacional que, aun conocida fragmentariamente, resulta apasionante.

La Semana Cinematográfica de Pécs comenzaba un lunes. Ese mismo lunes llegaba a Budapest.



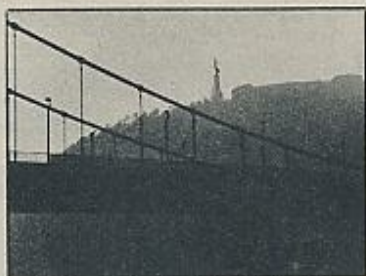
A orillas del Danubio, como a orillas del Sena, los enamorados.

Por CESAR SANTOS FONTENLA

NOTAS DISPERSAS ENTRE PELICULA Y PELICULA

En el aeropuerto, esperando a los invitados, intérpretes de francés, de español, de italiano... El español, Gyorgy, es un estudiante de economía, de comercio exterior más exactamente. Los franceses, Anna e István, son también estudiantes. Desde ese momento van a estar a nuestra disposición. Quede bien claro que su misión no es nunca imponérsenos. Cada mañana nos explicarán el programa del día, y seremos nosotros quienes deberemos decirles a qué horas y en qué lugares descamos su compañía. Los italianos y los franceses no han llegado en el avión previsto, quizá por el hecho de que el avión parece prácticamente copado por mujeres en grupo, que deben haber realizado colectivamente un viaje a París. Alguna de ellas lleva en la mano la revista «Adam», sobre la que bromea con el empleado de Aduanas. A la salida del aeropuerto, una vez confirmado que los italianos y los franceses no llegan, grupos de niños en edad escolar que acuden a recibir al Presidente de Tanzania, que llega ese día en visita oficial. Un microbús espera y nos conduce a la sede de la organización invitante, donde se producirá el primer contacto con el excepcional vino del país. En el viaje hasta Pécs, un joven director húngaro, Gábor Oláh, me subraya que en el mismo vehículo viajan los rollos de «La vía láctea», el film de Buñuel que será exhibido en una de las sesiones dedicadas al cine extranjero de la Semana, y que será presentado como film español. Una «parada técnica» en «Nueva ciudad del Danubio» —antes Stalingrado—, primer centro industrial del país, y llegada a Pécs con el tiempo justo para dejar los bártulos en el hotel Pannonia y cambiarse —se aconseja llevar corbata y camisa blanca— para asistir a la reunión inaugural.

Pécs es una ciudad de provincia, grande y un tanto destartada en lo que se refiere a los barrios intermedios, ni antiguos ni modernos, y llena de vestigios de distintas épocas, en particular de la de la dominación turca. Está situada a unos doscientos cuarenta kilómetros al sur de la capital. Es, ante todo, zona carbonífera, aunque, en virtud de una política de descentralización, haya en ella abundantes fábricas de otros productos. La parte antigua, situada preferentemente al norte de la plaza central, Széchy Ter, es una maravilla. En la misma plaza está un «djemi» musulmán, convertido en la actuali-



En lo alto de Buda, la Ciudadela.

dad en iglesia católica. A su izquierda, el «minarete»... Luego, palacios de distintas épocas, convertidos hoy en edificios públicos o en casas de vecinos. Y, en el extrarradio, la zona nueva, el «ensanche», con modernas edificaciones.

Comenzada la actividad de la Semana, el tiempo transcurre en trasladarse del cine Petoffi al Kosuth, con las paradas indispensables para comer. Al margen de las sesiones, hay debates, charlas en las fábricas, algún que otro festejo —que puede ir desde una representación del ballet «Romeo y Julieta» por la compañía local, a un baño de medianoche en las termas de Harkanyfűrdő— y la escapada para visitar las distintas dependencias del museo Janus Pannonius. Y las charlas, a título privado, con los realizadores presentes, con los jóvenes llegados de Budapest para asistir, «por libre», a la Semana. Charlas en las que todo el mundo —como, por otra parte, en las oficiales— se expresa con entera libertad, criticando lo que es criticable, contando sin rebozo sus experien-

cias personales, sin que ello suponga otra cosa que un deseo de explicitar ante el visitante extranjero posiciones, nunca proselitismo o sabotaje de unos principios socialistas con los que todo el mundo parece estar, en tanto que tales principios, de acuerdo. Los chistes políticos se cuentan abiertamente, en los debates se discute llamando a los cosas por su nombre, «oficiales» e «independientes» se enfrentan sin tapujos. En el Gran Debate, por ejemplo, frente a dos teóricos «conservadores» que presentaban las ponencias base de la discusión, actuaba como moderador Adrás Kovács, el cineasta que, a través de sus films, ha hecho una crítica más dura de los fallos no ya del régimen, sino de la propia sociedad húngara. En la conferencia de prensa celebrada a la intención de los invitados extranjeros, los organizadores eran los primeros en sacar a relucir los fallos del sistema, desde la insuficiencia de la enseñanza del cine en las escuelas al método de producción y distribución, en un afán a todas luces sincero de encontrar soluciones no mediante la autosatis-

facción, sino a través de la crítica hecha «desde dentro».

Ciudad de provincia, Pécs, sede de una Semana —nadie emplea, más que a escala coloquial, el término Festival— consagrada al cine húngaro y dedicada, primordialmente, a los habitantes de la localidad, vive en esos días pendiente del cine. Las proyecciones son públicas, cada film se pasa varias veces, y los precios de las localidades nunca exceden de unas veinte pesetas en la mejor. En periodo normal, la ciudad cuenta con tres cines, un teatro que funciona permanentemente y un teatro de marionetas de renombre internacional. El comercio, que a los ojos de un occidental alienado por los mitos de la sociedad de consumo puede resultar excesivamente de tipo «bazar», es abundante. Hay grandes almacenes, pequeñas tiendas, espléndidos establecimientos de alimentación. Y cafés o bares, muchos, ante los que no resulta muy fácil aclararse, en el sentido de que, al igual que en Inglaterra, el que vende café no sirve cerveza, o el que sirve vino no expende licor. Y, sobre todo,

pastelerías. El húngaro medio es gran consumidor de dulces, de helados. Y restaurantes, en los que se sirven unas comidas fabulosas, tremendamente picantes, a precios increíblemente baratos. Por la calle, mucha gente, lo mismo que en los locales cerrados. Los jóvenes, indefectiblemente, con un transistor al cuello. Las chicas, con mini-minifalda. Ellos, con melena. Y la gente mayor, sin meterse con nadie, clásica, un poco rancia en la manera de vestir, amable, paseando tranquilamente o tomando café en establecimientos que recuerdan, por su decoración, a los viejos cafés de antes de la invasión de la formica y el plástico.

En cinco días, unos cuarenta films. Poco tiempo, efectivamente, para ver otra cosa que no fuera cine. Problema lingüístico, casi obsesivo en Hungría. Es prácticamente imposible mantener una conversación —en otro idioma o mediante intérprete— sin que salga a relucir el asunto de las raíces del idioma, del viejo «fino-húngaro», de la necesidad para el habitante de un país pequeño y rodeado por otros con

HUNGRÍA 69

La juventud está en marcha.



EDITORIAL TABER



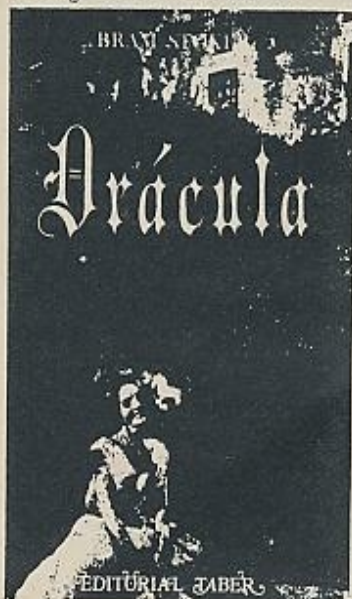
Ha aparecido una nueva colección:

La Novela Fantástica

Drácula

Bram Stoker

Prólogo de Pedro Gimferrer



Por fin, dignificada la obra maestra de la literatura inglesa de terror, en una versión íntegra y cuidada.



Editorial Taber/Epos S. A.
Enrique Granados, 85
Barcelona

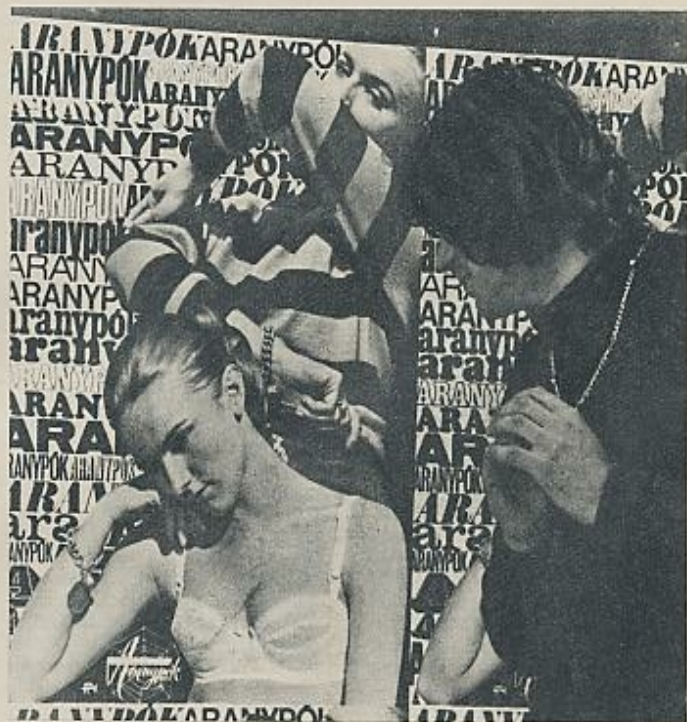
Distribuidora Barará Visor Libros
Marqués de Barará, 4 Isaac Peral, 18
Barcelona Madrid

HUNGRÍA 69

cuyas lenguas no posee la menor afinidad, de aprender varias. Pero, pese a todo, posibilidades de contacto directo con las gentes, que primero le toman a uno por búlgaro y luego, cuando se enteran de que viene de mucho más lejos, empiezan a hablar de Lorca, de Manuel de Falla y de Góngora. Porque Góngora resulta ser un poeta bien conocido en Hungría. Como Falla resulta ser una especie de ídolo, aunque esto sea más explicable en cuanto que su trayectoria de investigación musical tiene más de un punto de contacto con la seguida por Béla Bartok.



Cuatro días en Budapest, también viendo cine. Llegada en domingo, en un tren en el que se han habilitado vagones para los invitados a la Semana. El tren, ni excesivamente rápido ni excesivamente lento —algo más de tres horas— atraviesa, primero, una zona de bosques; luego, la llanura. Por fin aparecen los barrios extremos, que por ese lado son de casitas bajas, familiares, con jardín. Por último, la ciudad. La estación está en la orilla derecha del Danubio, en Buda, la parte más hermosa de la capital, que se complementa con Pest. Pest está en el llano; Buda, en las colinas. En la más alta de ellas está la Ciudadela, una antigua fortaleza, en cuyos sótanos se ha instalado un restaurante. En la proa, un horrible monumento a las tropas soviéticas de liberación, que domina la ciudad. Buda es la zona residencial, surcada de jardines y parques. Allí está también lo más bello de la ciudad vieja, en los alrededores de Mátyas Templom: viejas calles, museos, tiendas de antigüedades. Hay también fábricas que enrarecen el aire. Porque éste es uno de los problemas de Budapest, que al ser ciudad industrial tiene sus calles, como puedan estarlo las de Bilbao, ennegrecidas por un aire viciado, con un polvillo impalpable que se sedimenta en las aceras. La circulación es escasa, aunque no ridícula, y los taxis, a las horas punta, difíciles de encontrar. Son excelentes, sin embargo, los transportes públicos —tranvías, autobuses, trolebuses y un «metro» que no va a demasiadas partes— y sus precios son baratísimos; por ejemplo, un estudiante, con una tarjeta mensual que le cuesta unas cuarenta y cinco pesetas, puede viajar libre-



Publicidad...

... y trabajo después de la fiesta.





Unisexo; los «boys», o ayuda al transeúnte perdido.

mente en todas las líneas de tranvías y trolebuses cuantas veces lo desee.

Pest recuerda, antes que a cualquier otra ciudad, a Londres. El trazado de sus calles, la abundancia de plazas y «squares», la situación de los grandes edificios al borde del río, el propio trazado de los puentes —siete en total, casi todos ellos réplica de los que fueron destruidos durante la ocupación nazi—, hacen pensar en la ciudad del Támesis. Uno de los centros, aquel en que se encuentran el mejor comercio, las oficinas de las compañías aéreas, y en el que se está construyendo el Budapest Hilton, es el situado en el área comprendida entre los puentes Erzsébet y Széchenyi, las calles Kossuth y Jozsef Attila y la avenida Tanács. La calle Váci y la plaza Vorosmarty son las más animadas. Allí están los grandes almacenes Luxus, la espléndida librería Korvina. Otra calle comercial es la Rakoczi, especialmente en su confluencia con las avenidas Lenin y Jozsef. El comercio está bien surtido, aunque en lo que se refiere a artículos de vestir, no todo sea del mejor gusto. Los cafés, los bares, los restaurantes, están siempre llenos. En este sentido, la vida en Hungría se asemeja mucho a la vida en España. Las calles están siempre llenas de gente, lo mismo que los establecimientos públicos. Los espectáculos, también, con la diferencia respecto a los nuestros de que en los teatros de

Budapest las obras que se representan van de «Después de la caída» y «El precio», de Miller; a «Tímón de Atenas» y «Ricardo III», de Shakespeare, pasando por «El idiota», de Dostoiewski; «Albergue nocturno», de Gorky; «Isabel de Inglaterra», de Bruckner, y «La gata sobre el tejado de zinc», de Williams; sin que falte, naturalmente, «La tragedia humana», de Madách —única tragedia nacional, cuya primera versión televisiva salió a la antena precisamente en aquellos días—, y, en el ámbito de la comedia musical, títulos como «West Side Story» o «My fair lady». En el terreno de la cultura, evidentemente, el esfuerzo es gigantesco. Si los comercios de las otras especialidades pueden aparecer a los ojos del viajero occidental como desfasados en lo que se refiere a la presentación de los artículos, las librerías hacen sentir una enorme envidia, al ser imposible adquirir sus artículos a causa del idioma. Si la publicidad, afortunadamente no tan agobiante como lo es en nuestros países —pensemos en el lavado de cerebro a que diariamente nos somete TVE—, no es muy afortunada cuando se refiere a otros artículos, la realizada para películas, obras teatrales o manifestaciones culturales de otro tipo es excelente en cuanto a grafismo. Evidentemente, la Revolución, con mayúscula, está aún sin realizarse en su totalidad, pero hay muchos aspectos de ella que están en marcha y cerca de la meta.

con impacto gris acero



- Agua de tocador
- Loción para antes y después del afeitado
- Espuma para afeitado en aerosol
- Loción capilar vitaminada
- Barra desodorante
- Jabón de lujo



Estuche de viaje

**decididamente
masculino**

ROYALE AMBREE

**BRUT
FOR MEN**

LEGRAIN
PARIS



*Felices Pascuas
y prospero
Año Nuevo*



*Felices Pascuas
y prospero
Año Nuevo*

Kodak necesita una foto suya.

(Préstenosla unos días)

Puede enviarnos la foto más tronchante del pequeñajo o la más seria del pleno familiar. O la que usted más le guste. Con el negativo o la diapositiva que nos mande, le vamos a hacer unas Tarjetas de Navidad tan buenas como la foto que ha elegido.

Es muy sencillo. Lleve ese negativo o diapositiva a su Proveedor KODAK más cercano: él nos cursará su pedido, y en unos días usted tendrá en sus manos unas Tarjetas de Navidad verdaderamente originales, muy suyas, personalísimas.

Tarjetas que sólo usted puede enviar.

¿Se imagina al pequeñajo reproducido en todos sus FOTOCHRISTMAS? Encárguelos en cualquier establecimiento donde vea este emblema.



HUNGRIA 69



Calle Váci: consumo y homenaje a Lenin.



Sacar conclusiones generales es no ya difícil, sino imposible en una estancia tan breve y transcurrida, en su mayoría, en la oscuridad de las salas de proyección. Pero mucho menos difícil resulta el extraer de las puras impresiones una serie de datos. Hungría, país pequeño sin salida al mar, situado entre otros de idioma diverso, siente desde siempre una especial vocación al nacionalismo. Esto ha hecho que, históricamente, se haya sentido la necesidad de mantener vivas una serie de constantes nacionales y que, en la actualidad, el socialismo húngaro, el modo de vida magiar, ofrezca particularidades y características propias. Es un hecho indudable que si nadie elogia abiertamente a los responsables de los acontecimientos del 56, nadie, tampoco, les condena, y que en gran parte lo que aquéllos pedían ha pasado a ser una realidad. ¿Balance? Siempre provisionalmente, en función de las razones ya apuntadas, positivo. El nivel de vida es modesto, evidentemente. Pero no pobre. En absoluto. No se trata, desde luego, de una sociedad de consumo, y, en consecuencia, lo que en ciertos aspectos puede chocar al visitante proviene más de las deformaciones que ese mismo visitante sufre a través de la publicidad que de un «décalage» real.

Los sueldos son bajos, extremadamente bajos si comparamos sus equivalentes en los países de Occidente. Pero los precios son ridículos, hasta el extremo de que siempre se produce una sensación de desasosiego al comentarlos con quienes los adaptan no a un sistema de salarios occidental, sino al suyo propio. Ejemplos: se puede comer espléndidamente por cuarenta o cincuenta pesetas; el precio medio de un alquiler es de unas seiscientas, en un

piso amplio; los televisores cuestan aproximadamente la mitad que en España, aunque, contradictoriamente, el precio de los frigoríficos sea aproximadamente el mismo que aquí; los zapatos de importación española son caros, mientras que los de fabricación nacional cuestan aproximadamente la mitad..., y así sucesivamente. La gente, por otra parte, sabe que aún queda por alcanzar un nivel de vida «europeo», que quedan muchas cosas por hacer, entre otras cosas en el terreno de la «nueva moral», de la asimilación de las reivindicaciones de los jóvenes. Pero sabe también que hay un orden de preferencia en un país que no es rico y que, históricamente, está empezando.

Los jóvenes, en efecto, cuentan en Hungría. Forzosamente tenían que contar. El país, y no sólo el largo reinado del almirante Horthy, se ha envilecido en los años de la guerra. Es consciente de ello, y sabe que, en consecuencia, muchos de quienes han ocupado los puestos clave en estos años de transición son personas que, en último término, estaban lastradas por una mala conciencia. Ahora les llega el turno a los de las generaciones que no han conocido aquellos años, que no están marcadas por ellos. Y desde el principio se ha dado enorme importancia a la educación de la juventud. Incluso a costa de cometer errores, como los que se cometieron en los primeros años cincuenta, cuando el éxodo de los jóvenes campesinos a la Universidad se produjo en masa a riesgo de obligarles a estudiar materias que no les interesaban. Hoy, la juventud es una fuerza real. Son jóvenes los empleados, los responsables. La Universidad, no ya gratuita, sino pagada a distintas escalas según diferentes baremos, pulula de estudiantes. Pero queda una generación intermedia que, sin ser enemiga del modo de vida actual, no lo ha asumido totalmente. Es la que llena las iglesias en cual-

EN AMPOLLAS!! LA BELLEZA DE HOY



En ampollas, una línea de belleza completa, simple, eficaz, duradera. La suya, a partir de este instante.



V.
rejuvenecimiento de rostro
y cuello (rostros fatigados)

S.
fortalecimiento del busto

D.
desarrollo del busto

J.
descanso, relax, modelado
de las piernas

LANCASTER

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS



S. A. R. LA PRINCESA DE ESPAÑA PATROCINA
LA «PREMIERE» DE ESTA PELICULA



OSCAR a la mejor película
OSCAR al mejor director
OSCAR a la mejor música
OSCAR al mejor sonido
OSCAR a la mejor realización artística
OSCAR a la mejor coreografía

¡LA MEJOR PELICULA
DEL AÑO!

¡GANADORA
DE 6
OSCAR!



OLIVER!

RON MOODY · OLIVER REED · HARRY SECOMBE · SHANI WALLIS

PRESENTADA EN **CINERAMA** Director: CAROL REED

TECHNICOLOR
UNA PRODUCCION COLUMBIA PICTURES

AUTORIZADA PARA TODOS LOS PUBLICOS

¡MUCHO, MUCHO MAS QUE
UN GRAN MUSICAL!

HUNGRIA 69

quier día de la semana, la que se resiste a la implantación de un nuevo modo de vida. Ello se traduce en que, en muchos aspectos, los principios conservadores se mantengan. En que una muchacha pueda sentir el mismo terror a subir a una habitación de hotel que el que sentiría en nuestro país. En que un muchacho diga, al hablar del matrimonio, que el hombre debe mandar, puesto que es el que lleva el dinero a casa.

Se trata, en efecto, de atavismos de una cultura burguesa que no pueden desaparecer por real decreto de la noche a la mañana. Pero, sin embargo, hablando con los jóvenes, se ve claramente que las cosas están cambiando, aunque sea lentamente y no sin dificultad. Nadie, en todo caso, se aferra a las viejas ideas. Nadie da la impresión de querer volver atrás. Incluso en los aspectos más superficiales la evolución es tajante. Las minifaldas son más minis que en el resto de Europa, con exclusión de Londres. María Nemenyi, la deliciosa actriz que se hizo popular en San Sebastián, se hace ropa nueva y más larga para ir a París. El cabello largo en ellos está a la orden del día. Los conjuntos «beat» proliferan del Illés al Omega, del Metro al Kexs. El responsable de este último, con el que tuve ocasión de charlar, Miklós Doleviczenyi, contaba sus problemas con absoluta

sinceridad. No se quejaba de que el sueldo fuera escaso, sino de que los aparatos de sonorización tuvieran el mismo precio que en Occidente. Hubo, al principio de la música «beat», una oposición clara por parte de las juventudes comunistas, que hablaron de infiltración de ideas occidentales decadentes, que defendieron que en el primer Festival de la Canción, celebrado en 1963, el premio fuera a parar a un horrible número titulado «La muchachita del piano» y sacaron a relucir la «inmoralidad» de que los invitados polacos aprovecharan la ocasión para introducirse en el alojamiento de las invitadas alemanas. Un film para televisión de Kovács, «Extasis de 7 a 10» realiza una exhaustiva encuesta al respecto. Pero el problema no es grave. Incluso, en 1969, ha dejado de existir. Cada Universidad tiene su club «beat», los conjuntos nacionales graban discos, existen pugnas en cuanto a la primacía de Illés u Omega. Todo esto es superficial, de acuerdo, pero no por ello deja de ser significativo. Se trata, en último término, repito, de unas impresiones absolutamente subjetivas y que no tienen otro valor que el de ser de primera mano, sin que en ellas intervengan otros prejuicios que los derivados de una educación a la española. Hungría, país apasionante, merece otra cosa. Un segundo viaje, si ha lugar, puede ser la ocasión de intentar hacerla.



Pécs, ciudad milenaria e industrial. Primera etapa de un primer viaje.